



Á LA SEÑORA L. S. DE SOFFIA
EN LA MUERTE DE SU ESPOSO EL EXCELENTÍSIMO

SEÑOR DON JOSÉ ANTONIO SOFFIA

Si en la tumba la mano yace inerte
Que ayer tu senda recamó de flores,
Tus ojos, noble amiga, cuando llores,
De Eterna Luz á la mansión convierte;

Que, cuando toca al corazón en suerte
Apurar el dolor de los dolores,
Sólo puede el amor de los amores
El abismo llenar que abre la muerte.

¿Por qué á tu pie gentil y peregrino,
Desde la altura el dedo soberano
De súbito trazó nuevo camino?

Descifrado hallarás el hondo arcano,
Tras el dintel de tu final destino;
En tanto ... besa del Señor la mano.

JULIO ARBOLEDA

Sentimos no poder insertar en nuestra colección sino el primer cuadro del *Gonzalo de Oyón*, considerado por jueces competentes como el más notable ensayo de la poesía americana en la narración épica; pues ese poema es el que mejor personifica el carácter y las inclinaciones del poeta soldado. Publicamos además su bella despedida de Lima y su popular *Te quiero*. Julio Arboleda nació en Timbiquí, Departamento del Cauca, el 9 de Julio de 1817, y fué asesinado el 12 de Noviembre de 1861 en la montaña de Berruecos, no lejos del lugar en que lo había sido el Gran Mariscal de Ayacucho.





GONZALO DE OYÓN

PRELUDIO

Voy recorriendo pensativo y mudo,
Con paso lento, la esmaltada falda
Por do el Cauca, entre ribas de esmeralda,
Precipita su rápido caudal.
De lo pasado en el abierto libro
Mis ojos por las páginas errantes
Leyendo van de los que fueron antes
La virtud, el delito, el bien, el mal ;

Y los siglos, que ruedan envolviendo
Hechos y nombres en común ruina,
Cuya planta pesada peregrina
Dejando en pos olvido y destrucción ;
Los siglos se presentan apiñados,
Leve punto en el tiempo do se hundieron,
Y donde, en su naufragio, confundieron
Nombres, historia, y gloria y tradición.

¿Dónde están ¡ ay ! los ínclitos varones
Que cansaron la fama, á cuyos hechos
Los límites de un siglo eran estrechos,
Que, abrumado, á su peso se rindió ?

El más feliz al tiempo lanzó un nombre,
¡ *Un nombre !* ; una palabra sin sentido,
Esparto leve al huracán cedido !
¡ Ligero corcho que á la mar cayó !

Mas á tu voz ¡ oh patria ! cuyos ecos
Repite el corazón, la débil mano
Extiendo (y por ventura extiendo en vano) ;
Y tras un nombre me verán correr.
¡ Esfuerzo inútil, desigual combate
De endeble enano con gigante atleta !
Mas ¡ ay ! ¡ sucumba el mísero poeta,
Y pueda el nombre vida merecer !

¡ Ven, pues, memoria, ven ! Tú eres tormento
Del desgraciado á quien tu peso oprime ;
Á tu lúgubre aspecto, el hombre gime
Viendo surgir el olvidado mal.
Eres, memoria, espejo donde arde
El sol de la desdicha concentrado ;
¡ En un foco, en un rayo, lo pasado
Reflejas sobre el tímido mortal !

¡ Ven, oh memoria, ven ! La patria mía
Es semejante á su infeliz poeta :
La desgracia también, con mano inquieta,
Meció su cuna, marchitó su sien ;
Y hoy la insigne ciudad que yace sola,
Camello abandonado en el desierto,
Sigue abatida su destino incierto,
Cual, en su última edad, Jerusalén.

Desterrados sus hijos, sus laureles
Secos, y uno por uno deshojados;
Crujen sus torreones encumbrados,
Tristes sus lindas virgenes están;
Y combatido de las recias olas
Que la barbarie por doquier subleva,
Su glorioso estandarte, en vano prueba
El sopló á resistir del huracán.

Y allí mis hijos, de la madre en torno,
Lloran sin quien á consolarlos vaya,
Vuelta la vista á la remota playa
Á do el común tirano me arrojó;
Y allí mi madre su viudez arrastra,
Y el flujo mira, sin apoyo, sola,
La náufraga infeliz, que á cada ola
Siente irse el bajo donde el pie afirmó.

¡ Payán! ¡ Payán! en tus anales veo
Siempre la flor guardada por espinas;
Al roce de sus hojas purpurinas
Punzante abrojo con mi mano da.
Si las dispersas, mutiladas hojas
Tímido exhibo sin color ni vida,
Es que mi mano ¡oh patria dolorida!
Es que mi mano sin vigor está....

¡ Mas ven, memoria! y atrevida arranca
De las hojas del libro del olvido
Una desgracia más. Prestad oído
Á mi canción, vosotros que lloráis....

Pero no; no me es dado las desgracias
De Gonzalo cantar, porque la lira
Mejor no pulsa quien mejor suspira;
Mas lloraré si al llanto acompañáis.

CUADRO PRIMERO

PUBENZA

El héroe ibero con prudente tino
Lo que al valor debió, guardar sabía;
De Payán el imperio obedecía
Á Benalcázar, lidiador tenaz;
Y las tribus de bárbaros errantes,
En torno unidas de la cruz izada,
La cara independencia abandonada
Osan apenas deplorar en paz.

Era muerto Pubén, sostén y gloria
Del cacicazgo; el hijo generoso
Entre suplicio bárbaro, espantoso,
Rindió la vida á su Criador también;
Y no quedada de la clara estirpe,
Para baldón de un héroe y su vergüenza,
Sino la hermosa, angelical Pubenza,
Vástago tercio del mayor Pubén.

Dulce como la parda cervatilla,
Que el cuello tiende entre el nativo helecho,
Y á la vista del can, yace en acecho,
Con sus ojos de púdico temor;

Pura como la cándida paloma,
Que de la fuente límpida al murmullo
Oye, al beber, el inocente arrullo,
Primer anuncio de ignorado amor ;

Bella como la rosa, que temprana,
Al despuntar benigna primavera,
Modesta ostenta, virginal, primera,
Su belleza en el campo, sin rival ;
Tierna como la tórtola amorosa,
Que arrulla viuda, y de su bien perdido
La dura ausencia en solitario nido
Llora, y lamenta su incurable mal ;

Brillante como el sol, cuando refleja
Sus rayos el cristal de la montaña,
Si ni la lluvia, ni la nube empaña
Su naciente, purísimo esplendor ;
Majestosa cual palma que se eleva,
Y ostenta en la vastísima llanura
Su corona imperial y su hermosura,
Desafiando el rayo del Señor.

Pero en su frente pálida vagaban
El dolor y la negra pesadumbre,
Y de sus ojos la apacible lumbre
Empañaba una lágrima fugaz ;
Y la vida arrastraba silenciosa,
Devorando su mísero tormento,
Porque al alma gentil ; ay ! ni un momento
Otorgó Dios de plácido solaz.

He aquí á Pubenza : en ella el alma, todo
Respira amor, pureza y hermosura ;
El hechizo en sus ojos, la dulzura
Vaga sobre sus labios de clavel ;
Juega el blando placer modestamente
Con las esbeltas formas de la indiana ;
India en amar, en resistir cristiana,
Era su pecho á la virtud dosel.

¡ Malhadada belleza ! ¡ Malhadada
Aun la heroica virtud de la princesa !
Nada han valido, que sobre ella pesa
El yugo de despótico señor.
Padre tuvo, Pubenza, y no le tiene :
Hermano tuvo, mas también ha muerto ;
Y el mundo para ella es un desierto,
Sin amigos, sin deudos, sin amor.

Pubenza es infeliz. Tiempos mejores
Paz y felicidad le prometieron ;
Pero esos tiempos rápidos huyeron ;
¡ Huyeron, sí, no volverán jamás !
Huyeron, cual la nube del desierto
Al ígneo soplo de huracán airado ;
Y quedóle el recuerdo del pasado,
¡ Ay, tan sólo el recuerdo, y nada más !

Entre las huestes que la madre España
Desbordó sobre un mundo de repente,
Vino Gonzalo, el joven, el valiente,
De amor y gloria espléndido adalid.

Clara es su raza en bélicas hazañas,
Que en esos tiempos la virtud guerrera
Temprana herencia de los hijos era :
Llevábanlos sus padres á la lid,

Como el ave marina, que el polluelo,
Desnudo aún de la flotante pluma,
Precipita de lo alto hasta la espuma
Que hierve abajo en el bramante mar ;
Ó cual león que por la selva ruge
Con el cachorro al lado, y se embelesa
Viéndole abalanzar sobre la presa
Y refrescar con sangre el paladar.

No era esta raza enferma, degradada,
Que aspira, entre perfumes y mujeres,
El aire enervador de los placeres,
Sin fe, sin ley, sin Dios, sin corazón :
Una piedra la almohada del guerrero,
La tierra era su lecho suntuoso ;
Su alma en la gloria hallaba su reposo,
Y su brazo en las armas, diversión.

Ya don Gaspar, el padre de Gonzalo,
Dejó doquier los rastros de su gloria,
Sin que un recuerdo diese á su memoria
De la Historia veraz la gratitud ;
Y á su lado también lidió valiente,
Alvar de Oyón, del buen Gonzalo hermano,
Que fué después, y se llamó *el Tirano*,
Porque al crimen pidió reino y salud.

Viendo á su padre entre cadenas preso,
Álvar del mundo injusto separóse,
Pero su pecho de venganza hinchóse
Contra España, sus leyes y su rey.
Júzganle muerto, y solitario estése,
Víctimas señalando á su alto enojo,
Cual de águila real certero el ojo
Su presa elige entre la incauta grey.

Y el buen Gonzalo, huérfano, inocente,
No halla, en el mundo nuevo Americano,
Sino el vago rumor de que el hermano
Yace en la tumba al par del genitor.
Álvaro en tanto, cual taimada fiera
Que escapó de reciente cautiverio,
Desde el triste cubil mira el imperio
Como premio futuro á su valor.

Sigue Gonzalo la paterna huella ;
Lidia de honor sediento, y por doquiera
El entusiasmo de la hueste ibera
Le captan su prudencia y su virtud.
De Pasto por las bélicas legiones
Es debelado el escuadrón hispano ;
Gonzalo acorre, anima al castellano,
Vuelve, y vence á la ufana multitud.

La capital del Payanés imperio
Mírase á fuego y sangre acometida ;
Cede la turba bárbara vencida,
Cede el Cacique á la imperiosa ley :

Del vencedor sacrílego la espada
Va á mancharse en la sangre del anciano,
Pero Gonzalo la alevosa mano
Castiga, y salva de Payán al rey.

En la cruda campaña, cuando el fuerte
Valor desmaya y la constancia falta;
Cuando el sueño los párpados asalta,
Y sucumbe la hambrienta desnudez;
Cuando el corto escuadrón tiémbla, sitiado,
De estéril roca en la tostada cima,
Gonzalo vela, calla; y si habla, anima,
Ora modesto, intrépido á su vez.

Bozo süave le esmaltaba apenas,
Cual leve sombra, el labio delicado,
Y en el rostro infantil ya era el soldado,
El consejero, el héroe, el capitán;
Ídolo de las huestes vencedoras,
Amparo al infeliz americano,
Éste la vida débele á su mano,
Á ésas sus armas la victoria dan.

Y en medio de esos héroes con que mancha
Sus páginas la historia de la tierra,
Máquinas de exterminio, que la guerra
Brotó y el mundo adora en la abyección,
Aquella alma gentil, aquel Gonzalo,
La frente alzaba cándida y serena,
De deber y de honor el alma llena,
De piedad y de amor el corazón....

¡ Flor solitaria en espantoso yermo,
Que Dios puso entre espinas y entre abrojos,
Por dar alivio á los cansados ojos
Heridos del calor del arenal!
¡ Única fuente en árido desierto
Que refresca al sediento peregrino!
¡ Sola enseña de bien en el camino
Por donde siembra la conquista el mal!

Cual su aroma á la flor, así á Gonzalo
Sigue Manuel, cuya agitada vida
Está con la del héroe confundida,
Y con él sufre, y gózase con él:
Amigos en la infancia se abrazaron,
La gloria y los trabajos los unieron,
Y jamás los peligros sorprendieron
Al buen Gonzalo lejos de Manuel.

Á la voz del honor atentos ambos,
Éste de aquél admira el heroísmo,
Y casi tiene celos de sí mismo
Si logra en la virtud sobresalir:
Se atribuyen su gloria; sus hazañas
Están, como sus nombres, enlazadas,
Y las dos existencias separadas
No puede el pensamiento concebir.

Del Payanés imperio era heredero
Payán, hijo del rey: su estirpe clara
Cualquiera fácilmente adivinara
De su rostro en la augusta majestad;

Mas al regio donaire del guerrero,
Al valor y á la atlética estatura
Une una alma gentil, cándida y pura,
Inagotable fuente de piedad.

Le ama Gonzalo; y él, agradecido,
Da por afecto, afecto más ardiente :
Le ama Manuel; y el príncipe valiente
Paga amor con amor, con fe la fe :
Los tres unidos por los dulces lazos
De la amistad, el siervo americano
Ve como hermano al vencedor hispano,
Y éste á su hermano en el vencido ve.

Digno es de dicha el ínclito Gonzalo,
Digno de que la suerte le bendiga....
Mas ¡ ay! no; ¡ que la suerte es enemiga
Del genio, de la gloria y la virtud !
¡ La suerte agosta con su soplo ardiente
En nuestros pechos la mejor semilla,
Porque la suerte próspera no brilla
Jamás sobre la incauta juventud !

Gonzalo vió á Pubenza, y en sus ojos
Buscó amor, halló amor : el rey anciano
Bendijo al par, y el héroe castellano
Cifró su dicha en la alma bendición :
Y bajo un techo el par feliz vivía,
Amándole ella candorosa y pura,
Él bebiendo la vida en su hermosura ;
Los dos un ser, una alma, un corazón.

¿ Quién al doncel heroico predijera
De su inocente amor la desventura,
Al contemplar vencida á la hermosa
Sobre su pecho reclinar la sien ?
¿ Quién á la virgen casta que se entrega
Al honor del doncel enamorado,
Hubiera dicho entonces : *Desgraciado*
Será Gonzalo, y lo serás también ?

¡ Nadie ! ¡ nadie ! ¡ En su púdico semblante
Juegan las ilusiones adoradas !
Flor virginal, sus hojas delicadas
No abrasa el sol, ni turba el huracán.
Y cual agita el céfiro suave
El tierno cáliz de naciente rosa,
Su mejilla, con púrpura gozosa,
Amor colora en su inocente afán.

Y el dichoso doncel goza á su lado ;
Y el doncel es mayor ; pero él no mira
Por sí, ni alienta solo, ni suspira ;
Ella suspira, alienta y ve por él ;
Él no tiene más vida ni ventura,
Que ella, principio y fin de sus acciones,
Y ella, en todas sus tiernas emociones,
Por su principio y fin tiene al doncel.

¡ Los une la virtud ! Brillan las horas
De grata luz, de paz y venturanza,
Que acompaña el placer de la esperanza,
Que anima el sol radiante del amor....

¡ Par infeliz ! ¡ contempla delirando
En la dicha futura, en la presente,
Y descuidado en su virtud, no siente
La tempestad que ruge en su redor !

Fernando Benalcázar, el soberbio,
Ama á Pubenza, adórala ; alimenta
Su alma altanera, indómita, violenta,
La inextinguible, la feroz pasión ;
Y de todo es capaz : un pensamiento
Ocupa entera su existencia amarga,
Y del funesto amor bajo la carga,
Se agita su rebelde corazón.

Y poderoso, del poder abusa ;
Y celoso corteja á la venganza ;
Y furioso de amor sin esperanza,
Busca en el crimen su único sostén :
Su carácter de fuego no permite
Contradicción ni leve resistencia,
Y en su absurda despótica potencia
Busca el camino de un soñado Edén.

Cetro de hierro empuña ; vida y honra,
Todo está á su capricho encadenado :
En el imperio vasto conquistado
No hay más ley que su firme voluntad ;
Ella manda, ella impera, ella se cumple,
Ni hay donde huír del lúgubre tirano ;
Que se siente doquier su férrea mano
Cual vasta, universal calamidad.

Un día vino, cuyo albor primero
Halló de Dios el templo profanado,
Y vió caer, de labio desmayado,
Cabe el altar un funerario *si* ;
Y al pie del ara, sin color, sin vida,
Una virgen modesta y hechicera....
De cien caciques la última heredera,
PUBENZA yace desmayada allí.

Ella, que por salvar al padre anciano,
Ella, que ya privada de su amante,
Al resplandor de lámpara oscilante,
Esposa de Fernando se juró.
Y el tirano cruel llevó contento
La carga leve en sus robustos brazos,
Y volviólá á la vida, entre los lazos
Que su pasión sacrílega forjó.

¡ Desgraciada mujer ! y desgraciado
Aquel que arroja en desigual balanza
El amor de la virgen, su esperanza,
Y de la hija el último deber :
¡ Su padre aquí ! ¡ su amor allá ! Batallan
La hija piadosa, la mujer que ama,
Y, á la voz del deber que adentro clama,
La hija piadosa vence á la mujer.

Corre la nueva en alas de la fama,
Y el Cacicazgo entero se estremece ;
Gonzalo, el buen Gonzalo no parece,
¡ Ay ! ni parece el destronado rey,